

## CAPITULO II.

---

‘¿Que haré? ¿qué medio hallaré  
donde no ha de hallarse medio?  
mas si el morir es remedio  
remedio en morir tendré.’

LOPE DE VEGA.

¡Pobre Sab! exclamó Teresa ¡cuanto habrás padecido al saber que ese ángel de tus ilusiones queria entregarse á un mortal..=Indigno de ella! añadió con tristeza el mulato. Si, Teresa, cien veces mas indigno que yo, no obstante su tez de nieve y su cabellera de oro. Si no lo fuese, si ese hombre mereciese el amor de Carlo-

ta, creedme, el corazon que se encierra en este pecho seria bastante generoso para no aborrecerle. Hazla feliz! le diria yo, y moriria de zelos bendiciendo á aquel hombre. Pero no, él no es digno de ella: ella no puede ser dichosa con Enrique Otway... ved aqui el motivo de mi desesperacion!—Carlota en brazos de un hombre era un dolor... un dolor terrible! pero yo hubiera hallado en mi alma fuerzas para soportarlo. Mas Carlota entregada á un miserable... ¡oh Dios! Dios terrible!... esto es demasiado! habia aceptado el caliz con resignacion y tu quisiste emponzoñar su hiel.

No volví á la ciudad hasta el mes anterior al pasado. Hacia ya cerca de dos que estaba decidido el casamiento de Carlota, pero nada se me dijo de él y no habiendo estado sino tres dias en la ciudad, siempre ocupado en asuntos de mi amo, no vi nunca á Otway y volví á Bellavista sin sospechar que se preparaba la señorita de B... á un lazo indisoluble. Ni mi amo, ni Belén, ni vos, señora,... nadie me dijo

que Carlota seria en breve la esposa de un extranjero.—¡El destino quiso que recibiese el golpe de la mano aborrecida!

Sab refirió entonces su primer encuentro con Enrique y, como si el recuerdo de aquella tarde fatal fuese de un peso mayor que todos sus otros dolores, quedó despues de dicha relacion sumido en un profundo abatimiento.

Sab, díjole Teresa con acento conmovido, yo te compadezco, tú lo conoces, pero ¡ah! ¿qué puedo hacer por tí?...

Mucho, respondió levantando su frente, animada súbitamente de una expresion enérgica; mucho, Teresa; vos podeis impedir que caiga Carlota en los brazos de ese inglés, y supuesto que vos le amais sed su esposa.

Yo! ¿qué estás diciendo, pobre jóven? ¡yo puedo ser esposa del amante de Carlota!

Su amante! repitió él con sardónica sonrisa: os engañais, señora, Enrique Otway no ama á Carlota.

No la ama! ¿y por qué pues ha solicitado su mano?...

Porque entonces la señorita de B... era rica; respondió el mulato con acento de íntima convicción: porque todavía no había perdido su padre el pleito que le despoja de una gran parte de su fortuna; porque aun no había sido desheredada por su tío ;=me entendeis ahora, Teresa?

Te entiendo, dijo ella, y te creo injusto.

No, repuso Sab, no escucho ni á mis zelos ni á mi aborrecimiento al juzgar á ese extranjero. Yo he sido la sombra que por espacio de muchos dias ha seguido constantemente sus pasos; yo el que ha estudiado á todas horas su conducta, sus miradas, sus pensamientos...; yo quien ha sorprendido las palabras que se le escapaban cuando se creia solo y aun las que proferia en sus ensueños, cuando dormia: yo quien ha ganado á sus esclavos para saber de ellos las conversaciones que se suscitaban entre padre é hijo,—conversaciones que rara vez se escapan á un doméstico interior, cuando quiere oírlas. ¡No era preciso tanto sin embargo! Desde la primera vez que examiné á ese extranjero,

conocí que el alma que se encerraba en tan hermoso cuerpo era huésped mezquino de un soberbio alojamiento.

Sab, dijo Teresa, me dejas atónita: luego tú crees....

El mulato no la dejó concluir.—Creo, respondió, que Enrique está arrepentido del compromiso que lo liga á una muger que no es ya mas que un partido adoceñado: creo que el padre no consentirá gustoso en esa union, sobre todo si se presenta á su hijo una boda mas ventajosa, y creo, Teresa, que vos sois ese partido que el jóven y el viejo aceptarán sin vacilar.

Teresa creyó que soñaba. Yo! repitió por tres veces.—Vos misma, respondió el mulato. Jorge Otway preferirá una dote en dinero contante (yo mismo se lo he oido decir), á todas las tierras que puede llevar á su hijo la señorita de B... y vos podeis ofrecer á Enrique con vuestra mano una dote de cuarenta mil duros en onzas de oro.

Sab! exclamó con amargura la doncella, no te está bien ciertamente burlarte de

una infeliz que te ha compadecido, llorando tus desgracias, aunque no llora las tuyas.

No me burlo de vos, señora, respondió él con solemnidad. Decidme ¿no teneis un billete de la lotería? le teneis, yo lo sé: he visto en vuestro escritorio dos billetes que guardais: el uno tiene vuestro nombre y el otro el de Carlota, ambos escritos por vuestra mano. Ella, demasiado ocupada de su amor, apenas se acuerda de esos billetes, pero vos los conservais cuidadosamente, porque sin duda pensais,=siendo rica seria hermosa, seria feliz... siendo rica ninguna muger deja de ser amada.

Y bien! exclamó Teresa con ansiedad, es verdad... tengo un billete de la lotería...=Yo tengo otro.=Y bien!—La fortuna puede dar á uno de los dos cuarenta mil duros.=Y esperas...=Que ellos sean la dote que lleveis á Enrique. Ved aquí mi billete, añadió sacando de su cinturón un papel, es el número 8014 y el 8014 ha obtenido cuarenta mil duros. Tomad este billete y rasgad el vuestro. Cuando dentro de algunas horas venga yo

de Puerto-Príncipe el señor de B... recibirá la lista de los números premiados, y Enrique sabrá que ya sois mas rica que Carlota. Ya veis que no os he engañado cuando os dije que habia para vuestro amor una esperanza, ya veis que aun podeis ser dichosa; consentis en ello, Teresa?

Teresa no respondió: una sola palabra no salió de sus labios, pero no eran necesarias las palabras. Sus ojos habian tomado súbitamente aquella enérgica expresión que tan rara vez los animaba, Sab la miró y no exigió otra contestacion; bajó la cabeza avergonzado y un largo intervalo de silencio reinó entre los dos. Sab lo rompió por fin con voz turbada.

Perdonadme, Teresa, la dijo, ya lo sei... nunca comprareis con oro un corazon envilecido, ni legareis la posesion del vuestro á un hombre mezquino. Enrique es tan indigno de vos como de ella; lo conozco! Pero, Teresa, vos podeis aparentar algunos dias que os hallais dispuesta á otorgarle vuestro dote y vuestra mano, y cuando vencido por el atractivo del oro, que

..11 00001

es su Dios, caiga el miserable á vuestros pies, cuando conozca Carlota la bajeza del hombre á quien ha entregado su alma, entonces abrímele vuestros desprecios y los suyos, entonces alejad de vosotras á ese hombre indigno de miraros. ¿Consentis Teresa? Yo os lo pido de rodillas, en nombre de vuestra amiga de la hija de vuestros bienhechores... ¡de esa Carlota fascinada que merece vuestra compasión! No consentais en que caiga en los brazos de un miserable ese ángel de inocencia y de ternura... no lo consentais Teresa.

En este corazón alimentado de amargura por tantos años, respondió ella, no se ha sofocado sin embargo el sentimiento sagrado de la gratitud: no, Sab, no he olvidado á la angélica muger que protegió á la desvalida huérfana, ni soy ingrata á las bondades de mi digno bienhechor, que es padre de Carlota. ¿De Carlota á quien yo he envidiado en la amargura de mi corazón, pero cuya felicidad qué me hace padecer, sería un deber: mia

:



comprar á costa de toda mi sangre. Pero  
¿qué es la felicidad la que quieres dar-  
la?... triste felicidad la que se funde so-  
bre las ruinas de todas las ilusiones! Tu te  
engañas, pobre jóven, ó yo conozco mejor  
quietú el alma de Carlota. Aquella alma tier-  
na y apasionada se ha entregado toda en-  
tera: su amor es su existencia, quitar-  
le el uno es quitarle la otra. Enrique vil,  
interesado, no sería ya, es verdad, el  
ídolo de un corazón tan puro y tan ge-  
neroso: ¿pero como arrancar ese ídolo  
indigno sin despedazar aquel noble co-  
razón?

Sabí cayó á sus pies como herido de un  
rayo. Pues ¿qué gritó con voz ahogada:  
¿ama tanta Carlota á ese hombre?

Tanta, respondió Teresa, que acaso no  
sobreviviría á la pérdida de su amor. Sabí  
prosiguió con voz llena y firme, si es cier-  
to que amas á Carlota con ese amor san-  
to, inmenso, que me has pintado; si tu  
corazón es verdaderamente capaz de  
sentirlo; desecha para siempre un pensa-  
miento inspirado únicamente por los

zelos y el egoismo. ¡Bárbaro!..., quién te da el derecho de arrancarle sus ilusiones, de privarla de los momentos de felicidad que ellas pueden proporcionarla? ¿qué habrás logrado cuando la despiertes de ese sueño de amor, que es su única existencia? ¿qué le darás en cambio de las esperanzas que le robes?—Oh! desgraciado el hombre que anticipa a otro el terrible día del desengaño!

Detúvose un momento y viendo que Sab la escuchaba inmóvil añadió con mas dulzura.—Tu corazón es noble y generoso, si las pasiones le estravian un momento él debe volver más recto y grande. Al presente eres libre y rico: la suerte, justa esta vez, te ha dado los medios de elevar tu destino á la altura de tu alma. El bienhechor de Martina tiene oro para repartir entre los desgraciados, y la dicha de la virtud le aguarda á él mismo, al término de la senda que le abre la providencia.

Sab miró á Teresa con ojos estraviados y como si saliese de un penoso sueño.

—Donde estoy! exclamó: ¿qué hacéis

¿aquí? ¿a qué habeis venido?

A consolarte, respondió conmovida la doncella. Sab! querido Sab... vuelve en tí.

Querido! repitió él con despedazante sonrisa: querido!... no, nunca lo he sido, nunca podré serlo.... ¿veis esta frente, señora? ¿qué os dice ella? ¿no notais este color opaco y siniestro?... es la marca de mi raza maldecida.... Es el sello del oprobio y del infortunio.—Y sin embargo, añadió apretando convulsivamente contra su pecho las manos de Teresa, sin embargo habia en este corazon un germen fecundo de grandes sentimientos. Si mi destino no los hubiera sofocado, si la abyeccion del hombre físico no se hubiera opuesto constantemente al desarrollo del hombre moral, acaso hubiera yo sido grande y virtuoso. Esclavo he debido pensar como esclavo, porque el hombre sin dignidad ni derechos, no puede conservar sentimientos nobles. Teresa! debeis despreciarme.... ¿por qué estais aquí todavía?... huid, señora, y dejadme morir.

No! exclamó ella inclinando su cabeza

sobre la del mulato, arrodillado á sus piés: no me apartaré de tí sin que me jures respetar tu vida.

Un sudor frio corría por la frente de Sab, y la opresion de su corazón embargaba su voz: sin embargo, á los dulces acen-  
tos de Teresa levantó á ella sus ojos, lle-  
nos de gratitud. ¡Cuán buena sois! la dijo:  
pero ¿quién soy yo para que os intereseis  
por mi vida?... ¡mi vida! ¿sabeis vos lo  
que es mi vida?... ¿á quién es necesaria?...  
Yo no tengo padre ni madre.... soy solo  
en el mundo: nadie llorará mi muerte. No  
tengo tampoco una patria que defender,—  
porque los esclavos no tienen patria;— no  
tengo deberes que cumplir,—porque los  
deberes del esclavo son los deberes de la  
bestia de carga, que anda mientras puede  
y se echa en tierra cuando ya no puede  
mas.—Si al menos los hombres blancos,  
que desechan de sus sociedades al que na-  
ció teñida la tez de un color diferente, le  
dejasen tranquilo en sus bosques, allá ten-  
dria patria y amores.... porque amaria á  
una muger de su color, salvaje como él,

y que como él no hubiera visto jamás otros climas ni otros hombres, ni conocido la ambicion, ni admirado los talentos. Pero ¡ah! al negro se rehusa lo que es concedido á las bestias feroces, á quienes le igualan; porque á ellas se les deja vivir entre los montes donde nacieron y al negro se le arranca de los suyos. Esclavo envilecido legará por herencia á sus hijos esclavitud y envilecimiento, y esos hijos desgraciados pedirán en vano la vida selvática de sus padres. Para mayor tormento serán condenados á ver hombres como ellos, para los cuales la fortuna y la ambicion abren mil caminos de gloria y de poder; mientras que ellos no pueden tener ambicion, no pueden esperar un porvenir. En vano sentirán en su cabeza una fuerza pensadora, en vano en su pecho un corazon que palpita,=el poder y la voluntad!= en vano un instinto, una conviccion que les grite,=levantaos y marchad!= porque para ellos todos los caminos estan cerrados, todas las esperanzas destruidas. Teneos! esa es mi suerte. Superior á mi clase

por mi naturaleza, inferior á las otras por mi destino, estoy solo en el mundo.

Deja estos países, déjalos, exclamó con energía Teresa: ¡pobre jóven! busca otro cielo, otro clima, otra existencia.... busca tambien otro amor...; una esposa digna de tu corazon.

Amor! esposa! repitió tristemente Sabino, señora, no hay tampoco amor ni esposa para mí: ¿no os lo he dicho ya? Una maldicion terrible pesa sobre mi existencia y está impresa en mi frente. Ninguna muger puede amarme, ninguna querrá unir su suerte á la del pobre mulato, seguir sus pasos y consolar sus dolores.

Teresa se puso en pie. A la trémula luz de las estrellas pudo Sabino ver brillar su frente altiva y pálida. El fuego del entusiasmo centelleaba en sus ojos y toda su figura tenia algo de inspirado. Estaba hermosa en aquel momento: hermosa con aquella hermosura que proviene del alma, y que el alma conoce mejor que los ojos. Sabino la miraba asombrado. Tendió ella sus dos manos hácia él y levantando los ojos

al cielo;—yo! exclamó, yo soy esa muger que me confío á tí: ambos somos huérfanos y desgraciados... aislados estamos los dos sobre la tierra y necesitamos igualmente compasion, amor y felicidad.—Déjame pues seguirte á remotos climas, al seno de los desiertos.... yo seré tu amiga, tu compañera, tu hermana!

Ella cesó de hablar y aun parecia escucharla el mulato. Asombrado é inmóvil fijaba en ella los ojos, y parecia preguntarle si no le engañaba y era capaz de cumplir lo que prometia. Pero debia dudarle? Las miradas de Teresa y la mano que apretaba la suya eran bastante á convencerle. Sab besó sus pies, y en el exceso de su emocion solo pudo exclamar.—Sois un ángel, Teresa!

Un torrente de lágrimas brotó en seguida de sus ojos; y sentado junto á Teresa, estrechando sus manos contra su pecho, sintióse aliviado del peso enorme que le oprimia, y sus miradas se levantaron al cielo, para darle gracias de aquel momento de calma y consuelo que le habia con-

cedido. Luego besó con efusion las manos de Teresa.==¡Sublime é incomparable muger! la dijo: Dios sabrá premiarte el bien que me has hecho. Tu compasion me da un momento de dulzura que casi se asemeja á la felicidad. ¡Yo te bendigo, Teresa!

Y tornando á besar sus manos añadió. ==El mundo no te ha conocido, pero yo que te conozco debo adorarte y bendecirte. Tu me seguirías!... tu me prodigarias consuelos cuando ella suspirase de placer en brazos de un amante!... oh! eres una muger sublime, Teresa! No, no legaré á un corazon como el tuyo mi corazon destrizado... toda mi alma no bastaria á pagar un suspiro de compasion que la tuya me consagrarse. Yo soy indigno de tí! mi amor, este amor insensato que me devora, principió con mi vida y solo con ella puede terminar: los tormentos que me causa forman mi existencia: nada tengo fuera de él, nada seria si dejase de amar. Y tu, muger generosa, no conoces tu misma á lo que te obligas, no prevees los tormentos que te preparas. El entusiasmo dicta



y ejecuta grandes sacrificios, pero pesan despues con toda su gravedad sobre el alma destrozada. Yo te absuelvo del cumplimiento de tu generosa é imprudente promesa. Dios, solo Dios es digno de tu grande alma ! En cuanto á mi, ya he amado, ya he vivido... ¡cuantos mueren sin poder decir otro tanto ! ¡cuantas almas salen de este mundo sin haber hallado un objeto en el cual pudiesen emplear sus facultades de amar!—El cielo puso á Carlota sobre la tierra, para que yo gozase en su plenitud la ventura suprema de amar con entusiasmo: no importa que haya amado solo: mi llama ha sido pura, iamensa, inestinguible ! No importa que haya padecido, pues he amado á Carlota: á Carlota que es un ángel ! á Carlota digno objeto de todo mi culto !—Ella ha sido mas desventurada que yo: mi amor engrandece mi corazón y ella... ah ! ella ha profanado el suyo ! — Pero vos teneis razon, Teresa, seria una barbarie decirle—ese ídolo de tu amor es un miserable incapaz de comprenderte y amarte.—No !

nunca! quédese con sus ilusiones, que yo respetaré con religiosa veneración... cáse-se con Enrique, y sea feliz!

Calló por un momento, luego volviendo á agarrar convulsivamente las manos de Teresa, que permanecía trémula y conmovida á su lado, exclamó con nueva y mas dolorosa agitacion. ¡Pero lo será!..... ¿podrá serlo cuando despues de algunos dias de error y entusiasmo vea rasgarse el velo de sus ilusiones, y se halle unida á un hombre que habrá de despreciar?..... Concebís todo lo que hay de horrible en la union del alma de Carlota y el alma de Enrique? tanto valdria ligar al águila con la serpiente, ó á un vivo con un cadáver. — ¡Y ella habrá de jurar á ese hombre amor y obediencia! ¡le entregará su corazón, su porvenir, su destino entero!.. ¡ella se hará un deber de respetarle! y él.. él la tomará por muger, como á un género de mercancía, por cálculo, por conveniencia... haciendo una especulacion vergonzosa del lazo mas santo, del empeño mas solemne! — á ella qué le dará su alma!

— y él será su marido, el poseedor de Carlota, el padre de sus hijos!...—oh! no! no, Teresa!—hay un infierno en este pensamiento... lo veis, no puedo soportarlo... ¡imposible!

Y era así pues corría de su frente un helado sudor, y sus ojos desencajados expresaban el extravío de su razón. Teresa le hablaba con ternura, pero en vano! un vértigo se había apoderado de él.

Parecíale que temblaba la tierra bajo sus pies y que en torno suyo giraban en desorden el río, los árboles y las rocas. Sofocábale la atmósfera y sentía un dolor violento, un dolor material como si le despedazase el corazón con dos garras de hierro, y descargasen sobre su cabeza una enorme mole de plomo.

Carlota esposa de Enrique! ¡ella prodigándola sus caricias! ella envileciendo su puro corazón, sus castos atractivos con el grosero amor de un miserable! Este era su único pensamiento, y este pensamiento pesaba sobre su alma y sobre cada uno de sus miembros. No sabía donde esta-

ha, ni oía á Teresa, ni se acordaba de nada de cuanto había pasado, excepto de aquella idea clavada en su mente y en su corazón. Hubo un momento en que, espantado el mismo de lo que sufría, dudó resistiese á tanto la organización humana, y pasó por su imaginación un pensamiento confuso y estravagante: Ocurrióle que había muerto, y que su alma sufría aquellos tormentos inconcebibles que la ira de Dios ha preparado á los réprobos. Porque hay dolores cuya espantosa profundidad no puede medir la vista del hombre: el cuerpo se aniquila delante de ellos y sólo el alma, porque es infinita, puede sufrirlos y comprenderlos.

El desventurado Sab en aquel momento quiso levantarse, acaso para huir del pensamiento horrible que le volvía loco; pero sus tentativas fueron vanas. Su cuerpo parecía de plomo y, como sucedió en una pesadilla, sus esfuerzos agotando sus fuerzas, no acertaban á moverle de aquella Peña infernal en que parecía clavado; Gritos inarticulados, que nada tenían del

humano acento, salieron entonces de su pecho, y Teresa le vió girar en torno suyo miradas dementes, y fijarlas por fin en ella con espantosa inmovilidad. El corazón de Teresa se partía también de dolor al aspecto de aquel desventurado; y ella lloraba sobre su cabeza atormentada, dirigiéndole palabras de consuelo. Sab pareció por fin escucharla, por que buscó con su mano trémula la de la doncella y asiendo la apretó sobre su seno; alzando hacia ella sus ojos encendidos: luego haciendo un último y violento esfuerzo para levantarse, cayó á los pies de Teresa, como si todos los músculos de su cuerpo se hubiesen quebrantado.

Inclinada sobre él y sosteniéndole la cabeza sobre sus rodillas, mirábale la pobre mujer y sentía agitarse su corazón. —Desventurado joven! pensaba ella: ¿quien se acordará de tu color al verte amar tanto y sufrir tanto? —Luego pasó rápidamente por su mente un pensamiento, y se preguntó á si misma que hubiera podido ser el hombre dotado de pasiones tan ardien-

tes y profundas, si bárbaras preocupaciones no le hubiesen cerrado todos los caminos de una noble ambición. Pero aquella alma poderosa obligada á devorar sus inmensos tesoros, se habia entregado á la única pasión que hasta entonces habia probado, y aquella pasión única la habia subyugado:—No, pensaba Teresa, no debías haber nacido esclavo.... el corazón que sabe amar así no es un corazón vulgar.

Al volver en si el mulato miróla y la reconoció.—Señora, la dijo con desfallecida voz, estais aquí todavía? ¿no me habeis abandonado como á un alma cobarde, que se amigülla delante la desventura á que debiera estar tan preparada?—No, respondió ella con emoción, estoy aquí para compadecerte y consolarte. Sabí! Has sufrido mucho esta noche.

¡Esta noche! ah! no... no ha sido solamente esta noche: lo que he padecido á vuestra vista una vez, eso he padecido otras mil, sin que una palabra de consuelo cayese, como una gota de rocío, sobre mi co-

razon abrasado: y ahora vos llorais, Teresa—¡bendígate Dios!—no, no es esta noche la mas desgraciada para mi. Teresa!... acercaos, que sienta yo otra vez caer en mi frente vuestro llanto. A no ser por vos yo hubiera pasado por la senda de la vida, como por un desierto, solo con mi amor y mi desventura, sin encontrar una mirada de simpatía ni una palabra de compasion.

Guardaron ambos un momento de silencio durante el cual Teresa lloraba, y Sab sentado á sus pies parecia sumergido en profundo desaliento. Por fin, Teresa enjugó sus lágrimas, y reuniendo todas sus fuerzas señaló con la mano al mulato el punto del horizonte en que aparecian ya las nubes ligeramente iluminadas.

Es preciso separarnos! le dijo: Sab toma tu billete, él te da riquezas... puedes tambien encontrar algun dia reposo y felicidad!

Cuando tomé ese billete, respondió él, y quise probar la suerte, Martina, la pobre vieja que me llama su hijo, estaba en

la miseria: al presente goza comodidades y el oro me es inútil.

Y qué! no hay otros infelices?—No hay en la tierra mayor infeliz que yo, Teresa, no puedo compadecer sino á mí mismo.... Sí, yo me compadezco, porque, lo conozco, no hay ya en mi corazón sino un solo deseo, una sola esperanza.... ¡la muerte!

Sab, no te abandones así á la desesperación: acaso el cielo se dispone á ahorrarte el tormento de ver á Carlota esposa de Enrique. Sí el viejo Otway es tan codicioso como crees, si su hijo no ama sino debilmente á Carlota, ya saben que no es tan rica como suponian y ese enlace no se verificará.

Pero vos me habéis dicho, exclamó con tristeza Sab, que ella no sobrevivirá á su amor... vos lo habéis dicho, vos lo sabeis... pero lo que no sabeis es que yo que os ofrezco el oro, para comprar la mano de ese hombre, no os perdonaria nunca si lo hubieseis aceptado: ni á él, ni á mi mismo me perdonaria. Vos no sabeis que la



sangre sacada de sus venas gota á gota, y mi propia sangre no me parecería suficiente venganza, ni mil vidas inmoladas por mi mano pagarían una sola lágrima de Carlota. ¡Carlota despreciada! ¡despreciada por esos viles mercaderes! Carlota que haría el orgullo de un rey!.... — No, Teresa, no me lo digáis otra vez... vos no podeis comprender las contradicciones de un corazon tan atormentado.»

Teresa se puso en pie y escuchó por un momento. A Dios, Sab..... dijo luego, parecíame que los esclavos estan ya levantados y que se aproximan á los cañaverales: á Dios, no dudes nunca que tienes en Teresa una amiga, una hermana.

Ella aguardó en vano algunos minutos una contestacion del mulato. Apoyada la frente sobre una peña, inmóvil y silencioso parecia sumido en profunda y tétrica meditacion. Luego de repente brillaron sus ojos con la expresion que revela una determinacion violenta y decidida, y alzóse del suelo grande, resignado, heroico.

Los negros se acercaban: Sab solo tuvo tiempo de decir en voz baja algunas palabras á Teresa, palabras que debieron sorprenderla pues exclamó al momento—Es posible!... ¿y tu?

Moriré! Contestó él haciéndole con la mano un ademan para que se alejase. En efecto Teresa se ocultó entre los cañaverales al mismo tiempo que los esclavos llegaban al trabajo. Uno solamente, mas perezoso que los otros, ó sintiéndose con sed, dejó su azada y se adelantó hacia el río. Un fuerte trapezón que dió por poco le hace caer en tierra.

Es un castigo de Dios, José, le gritaron sus compañeros, por lo holgazán que eres. José no respondía sino que estaba estático en el sitio de que acababa de levantarse, los ojos fijos en el suelo con aire de pasmo,

Qué es esa, José? gritó uno de los negros: ¿te habras clavado en el suelo?

José los llamó hacia él, no con la voz sino con aquellos gestos llenos de expresión que se notan en la fisonomía de los negros.

Los mas curiosos corrieron á su lado y al momento los que quedaron oyeron una sola palabra repetida á la vez por muchas voces.—¡El mayoral!

Sab estaba sin sentido junto al rio: los esclavos le levantaron y le condujeron en hombros al ingenio.

Cuando dos horas despues se levantó D. Carlos de B... oyó galópar un caballo que se alejaba.

Quien se marcha ahora? preguntó á uno de los esclavos.

Es el mayoral, mí amo, que se vá á la ciudad. ¡Como tan tardel son las siete y yo le habia encargado marcharse al amanecer.

Es verdad, mí amo, respondi6 el esclavo, pero el mayoral estaba tan malo....

Estaba malo!... qué tenia pues?

El mayoral, mí amo?... yo no lo sé, pero tenia la cara caliente como un tizon de fuego, y luego echó sangre, mucha sangre por la boca.

¡Sangre por la boca! como! sangre por la boca y se ha marchado asi! Esclamó don Carlos.

José que pasaba cargado con un haz de caña, se detuvo al oírle y echó una mirada de reconvención sobre el otro negro. José era el esclavo mas adicto á Sab, y Sab le quería por que era congo, como su madre.

No haga caso su merced de lo que dice ese mentecato. El mayoral esta bueno, solo que echó un poco de sangre por la nariz, y me dijo que á las tres de la tarde tendria su merced las cartas del correo.

Vaya, eso es otra cosa, dijo el señor de B... este bruto me habia asustado.

El negro se alejó murmurando. ¡Bruto! yo soy bruto por que digo la verdad

